

MAR, AMOR Y MUERTE EN ATARDECER EN EL ATLÁNTICO

María Teresa Bertelloni

El título del último poemario de Manuel Figueroa-Meléndez, *Atardecer en el Atlántico*, nos sitúa en un espacio múltiple y uno en el que el mar, la muerte y la vida no sólo remiten a fenómenos concretos y comprensibles para todos, sino que funcionan también como metáforas de la interioridad apasionada del sujeto poético, creación que trasciende lo anecdótico de la vida cotidiana del escritor.

El atardecer, teñido ya de oscuridad, mientras el sol ha desaparecido y sólo queda su refracción, que crea la ilusión óptica de verlo morir poco a poco, sugiere la toma de conciencia del vivir propio como un espejismo, aún más desgarrador en presencia de la muerte del otro, sea el sol o una persona amada.

En la oscuridad que se acerca para envolverlo en el misterio, antiguo como la conciencia del sentido y significado de la existencia, el poeta toma el lugar del hombre y busca en las palabras, siempre mágicas, de la poesía, la inmortalidad negada a los seres vivos.

En esta colección de poemas, como sucede generalmente en todo escritor, el yo poético se revela, a menudo, como el mensajero del yo histórico y descubre la fragilidad de la máscara existencial que ni siquiera la poesía puede conservar intacta en la escritura.

Por ello nuestro poeta comienza, por el camino del dolor, con un poema, inspirado por la muerte del padre. La cercanía y persistencia de la pérdida lo lleva a prestarle la palabra para que éste se despidiera de los suyos, dejando así la puerta abierta al diálogo de las almas. Gracias a este subterfugio poético, a pesar de que la muerte del padre ha arrancado una de las raíces de la vida y de la historia del cantor, queda la seguridad de que los recuerdos no son sólo para los vivos, como dice en los últimos versos:

me voy de viaje
.....
con los recuerdos

con todos
contigo
para siempre.

El hilo del discurso sigue en el segundo poema pero, esta vez, se ha ensombrecido el aire, la niebla desdibuja las cosas y las personas mientras el viajero, que sale hacia la eternidad, tiene sólo la certeza de lo ineluctable, que, al final, acepta como un mandato de la vida:

regreso a la brisa de la sierra
al calor de la ensenada
al cauce de la quebrada
donde nunca se han pronunciado
las sílabas de la esperanza
regreso al aguacero del ocaso
a la neblina que traduce
con su misterioso brillo
los setenta y siete hilos dorados. (9)

Las pausas del discurso poético son dadas únicamente por el espacio que separa las estrofas, así éste no se interrumpe, fluye como la vida, sin interrupciones.

En el tercer poema el sujeto poético ha cambiado. Solo, en la contemplación de las olas que van tragando poco a poco la luz, el poeta camina espiritualmente por el sendero por donde el otro ya se ha ido hasta que se asoma, como él dice, al:

...umbral del misterio
en la melodía y el vuelo
de las mariposas
que anuncian la partida. (11)

La presencia de un nuevo sujeto en el poema señala un cambio radical. El padre se ha ido a convivir con el misterio, pero el poeta se ha quedado en el borde del abismo desde el cual el misterio acecha a los vivientes.

Nace aquí la pregunta necesaria y angustiosa: ¿qué es el misterio y cuál es su umbral? El misterio es el anonadarse del ser finito, el agujero negro que se traga la existencia, la infinitud de la noche sin luz. Misterio es esto y mucho más, pero ¿cuál es su umbral? Es un borde donde solamente queda una piedra afilada a la que agarrarse hasta que llegue el momento de deslizarse hacia la nada.

Mas el poeta transforma la piedra en palabra porque su intuición de lo absoluto se asemeja mucho a la iluminación del místico y, gracias a la palabra, que se le aparece en relámpagos breves e intensos, puede mirar hacia el misterio con una especie de exaltación. En efecto, cuando su voz se hace transparente escuchamos, muy lejano pero auténtico, el decir del ser. Es precisamente este

convivir, aunque sea una sola vez, con lo Absoluto, que le anticipa al poeta la posibilidad de alcanzarlo sin palabras. Su umbral es, pues, la palabra poética que le hace decir a nuestro poeta:

las horas se acaban
a las doce
en esta alcoba
en la que entramos
cuando pasamos del borde de la vida. (13)

Este poema es una meditación sobre la muerte y, a la vez, una mirada veloz al final futuro del yo que poetiza. Un descanso en el dolor de la pérdida del padre y una anticipación del propio final. El poema “VI” vuelve a la muerte ante los ojos en el momento del entierro, en la despedida:

El Viernes Santo
huele a olivo
.....
en este campo
en el que te despido
en el que te desprendes
de nuestras manos... (17)

Después de un último poema, el número siete, dedicado al día del sepelio en el que la muerte es vista como una guerra destinada a la derrota definitiva, aparece un poema que es, a la vez, una descripción del camino que cruza el pueblo amado por el poeta, y la trayectoria que lo enlaza con sus antepasados.

No hay duda que todos estamos atados, por un nudo inextricable, al propio lugar de origen, sobre todo si allí se ha vivido la niñez y la adolescencia, esa etapa en que empezamos a conocernos y a conocer a los demás, pero, para nuestro poeta, su patria chica es el centro de su pensamiento y de su vida y, desde allí, parten los diversos senderos que ha recorrido y los que recorrerá, para volver finalmente a la raíz misma de su razón de ser.

El poema VIII(21) cierra el momento del luto familiar y prepara una lectura interior e íntima. Se abre así un espacio hacia el mar, el amor y la muerte con el que se inicia la segunda parte del poemario. En ella se concretan los logros líricos de nuestro poeta. En muchos poemas la imagen luminosa hace enmudecer la palabra para dejarnos únicamente con la visión sugerente.

El poema IX sirve de introducción a la visión, a veces enigmática y, a veces, luminosa, pero siempre dramática, del amor y de la muerte, los temas clásicos y antagónicos que, aquí tienen como horizonte de infinitud el océano.

estas
METÁFORAS
son
las
ILUSIONES
que
alguna
DEIDAD
olvidó
en
el
ÉXTASIS
espumoso
de
la
PLAYA.

(23)

El poema, escrito con versos breves señala un movimiento lento, por las pausas que impone el espacio en blanco, hacia el horizonte existencial que representa el mar, como lo he señalado en un escrito sobre Eugenio Montale.

El mar es, en efecto, una metáfora perfecta del continuo movimiento de la vida frente a la finitud del existente concreto. El poema contiene, además, cinco palabras en mayúscula —metáforas, ilusiones, deidad, éxtasis y playa— que forman un espacio imaginario en el que las metáforas son el centro y las otras los cuatro puntos cardinales.

Con esta introducción, que pone la lengua poética como punto de partida, el poemario nos introduce en la historia —o historias— trágicas del amor, tal vez la única historia que sobrevive.

En el poema “X” la espera paciente de la persona amada es recompensada, al final, con la fusión del recuerdo con el mar y el cuerpo recordado, en la oscuridad mágica de una madrugada en la playa, como dice el poeta:

en esta playa
el recuerdo se confunde con la espuma
con el viento y la sal
con tu cuerpo en la orgía
de aquella madrugada. (25)

Mas no es suficiente el recuerdo, no es suficiente el revivir lo vivido, porque la espera encierra la ilusión de una nueva realidad antigua, un renacer que borre la pérdida y la soledad y venza el tiempo y el silencio, como lo revela el intenso poema “XIV”:

te confieso que esperaba algo más
que me obligara a renacer

con el mismo cuerpo
con la misma intensidad
del fuego y del viento
pero quedé atrapado
en esta mar de silencio
..... (33)

El poeta, que centra su creación sobre el tema del amor, siente, al mismo tiempo, la necesidad de preguntarse sobre el sentido del universo y del ser humano. Mientras que, en la recreación erótica prevalece una fuerte dimensión sensible, en la meditación metafísica domina la espiritual:

.....
si el soplo de aliento
fuese un momento en el vacío
yo no entendería el universo
ni el por qué nos han dejado
en este mítico fuego
consumiendo el balbuceo
de la humana razón. (41)

No se trata, sólo, de la esperanza que da la fe cristiana; algo enigmático se revela en algunos poemas, como si el poeta se sintiera parte de un ciclo amplio de vidas como cuando afirma que:

...hilos delgados
que rozan las paredes
que me queman y consumen
como sándalo ardiente
en el alféizar de una egipcia ventana (43)

o recurre a la mítica pitonisa para preverla y, al mismo tiempo, sentirla “lejana, mágica y transparente” como en el poema “XXII” (49).

En este poema la muerte ha perdido su dimensión de indescifrable horror para transformarse, en la mirada de la adivina, en una seductora sombra que espera al poeta para el abrazo infinito. La muerte es, pues, en esta visión gnóstica, la amante que nunca traiciona.

En la lectura lenta y concentrada del poema, el lector también pierde el miedo ancestral a la muerte y experimenta una inesperada y extraña quietud, que lo envuelve y lo consuela.

En el silencio desde el cual la poesía nace, el poeta busca la yuxtaposición de pasado y futuro en un presente inextinguible que cobija *eros* y *thánatos* como las dos caras de la existencia. Un poema, breve como un relámpago, así lo sugiere:

tu imagen
es la ausencia de un instante

en la esfera cósmica
del silencio. (59)

La palabra silencio se repite en estos poemas de dimensión mágica que aluden a una esfera de realidad otra, en la que se andan y desandan los senderos del tiempo y del espacio. En este silencio en el que se mezclan los mitos clásicos con los elementos de la naturaleza —sobre todo el agua y el fuego— escribe Figueroa-Meléndez este poema que anticipa el fin, incluso del silencio:

el silencio
es una de las llamaradas de este holocausto
que ahoga mi palabra
que disminuye la vida
como se transforma la madera
en brasas y cenizas
en la espesura del bosque (65)

El amor, perdido y dolorosamente deseado, sobre todo en la oscuridad de las noches sin sueño y en las tardes lluviosas en las que las cosas pierden los contornos conocidos, es el hilo conductor del canto que revela la soledad física y espiritual en la que vive el yo poético, después de la pérdida definitiva del tú amado, en la nostalgia sin fin de una realización que sólo el amor compartido concede.

Es emblemática, en esta dimensión del poetizar de Figueroa-Meléndez, la presencia de una palabra que César Vallejo usó para titular un poema trágico en el que su propia vida es vista como una enfermedad contagiada por un dios enfermo, ya que el estribillo “Yo nací un día/ que Dios estuvo enfermo.”, se repite con la añadidura del adjetivo “grave”. La palabra, procedente de la lengua quechua, es espergesia e indica una deshojación sagrada.

En el breve poema XXXIII la palabra espergesia es usada en forma plural como si el poeta señalara hacia un despojarse paso a paso de las máscaras que recubren el cuerpo y el espíritu, hasta llegar a la desnudez total.

Es un desnudarse lento y doloroso en el que la soledad exterior da paso a la soledad interior y, al final, quedan únicamente “las mil cicatrices” que encierran el paso al olvido, único remedio misericordioso para los males del vivir. Nuestro poeta no puede alcanzarlo y se siente, desesperadamente, atrapado en los recuerdos. Así, lo que fue un momento de plenitud amorosa en vez de transformarse en una palabra muere en la mudez del universo, como dice el poeta:

al compás de la música
del sándalo y el deseo
aquella tarde nos consumimos
bajo el agua...

y el silencio del cielo. (75)

Y desde el silencio llega el tiempo que abrió el sendero de los deseos, de los encuentros y desencuentros, de la búsqueda del sentido de la propia existencia suspendida, como dice Figueroa-Meléndez, “en la puerta del barranco” (79).

La vida humana se realiza entre la soledad del nacimiento y la soledad del salto final en la oscuridad de la nada. Entre estos dos puntos límites encontramos algunos momentos luminosos que dan sentido a nuestra existencia: el amor, la amistad, el saber, la creación artística, en todas sus manifestaciones e, incluso, el dolor que afirma la vida con más fuerza que cualquier otra vivencia.

Todos estos sentimientos constituyen el entramado en el que se apoya el mundo poético de Figueroa-Meléndez, pero, el substrato de dicha fundación es la intuición profunda, de carácter metafísico, del sinsentido del universo y de la vida, porque en esa intuición sólo existe, como un oxímoron, la nada. El poeta ha apresado, en un brevísimo instante de silencio, el vacío total y aterrador. Los poemas de nuestro poeta, ya sea de manera discursiva ya sea a través de la sugerencia enigmática, son el escudo frente a la caída final que lo acecha. En ellos el desgarramiento de los recuerdos amorosos es, esencialmente, una afirmación vital, como cuando canta:

este atardecer frente a la ventana
es una soledad húmeda de cristales
y los calados es una inquietante luz
que se apaga y se enciende
con los vitrales de la desesperanza. (83)

Es cierto que en este conjunto de poemas prevalece lo erótico y la falta de plenitud vital que concede al amor compartido. Es cierto que la pérdida del amor deja sin protección el yo entregado a la realización de una unidad dual que anticipa, en medida parcial como todo lo humano, una unidad con el Todo en la inmortalidad; pero también es revelador del poder de la palabra poética el poder evocar al otro yo en el sufrimiento causado por la lejanía buscada por él mismo y así recuperar, dramáticamente, el poder seductor de su propia mirada.

En el poema “XLI”, a través del decir poético, se siente y se transforma en el dador de luz. Dice el poeta:

es inevitable que sufras
desde una estrella que no riela
es inevitable que sufras por mí
por los claroscuros de la vida
por el recuerdo en la soledad

desde que permaneces a oscuras
desde el día
que apagaste
la luz que te daban mis pupilas. (87)

En el centro de la soledad y el abandono, el poeta encuentra su único consuelo: la palabra como manifestación sugerente de la presencia amada y aunque dure sólo un momento lo prepara para alcanzar el punto sin retorno que es su meta.

En el poema "XLII" en efecto, el cantor dibuja en la página en blanco una breve escalera de palabras que se termina bruscamente al borde del precipicio y, luego, se cae en línea recta. Así lo imagina y lo predice:

anoche
 escuché
 los pasos
 con el ritmo
 que anuncia

el
final
de
mi
vida. (89)

El dibujo de las letras negras sobre el fondo blanco del papel y los puntos suspensivos al final de la forma verbal "anuncia" justo antes del inicio de la recta vertical, sugieren un movimiento lento y angustioso y una pausa, sin esperanza, antes de la caída (89).

El sujeto poético conoce cuál será su último acto; lo sabe y lo anhela pero no todo es transparente: ni el momento ni la razón de la decisión y de la espera como dice en el poema "XLIII":

no entiendo esta tarde
 ni esta hora en esta plaza
 donde llueven voces
 que anuncian el final de mis palabras. (91)

Lo más doloroso de la muerte, lo que causa espanto al pensarla mientras se vive, es la cosificación de nuestro ser. El muerto es sólo una cosa que los vivos manipulan con hechos y palabras, sin misericordia y sin pudor, en la felicidad de sentirse vivos. Mas, en este poemario, la muerte es deseada y buscada como única amiga capaz de arropar para siempre, con su oscuridad definitiva, al hombre cuya palabra parece haber perdido el poder mágico de crear un mundo en el cual sobrevivir.

Es precisamente en la tensa espera de ese desconocido y pa-

voroso consuelo que el poeta transforma los latidos de su corazón en versos que lo anticipan:

esta línea es el eco del silencio
que traduce los misterios de la lluvia
en la piedra que corta
los cristales de la memoria
.....
es la línea que traza mi sombra
en la corona de luna de cristal azogada
que divide mi cuerpo
como ojiva de espejo
en el abismo de la alabarda. (93)

En esta poesía inscrita en la sombra, en la que la luz parece iluminar únicamente la desolación que vive en el cuerpo y en el espíritu del poeta, el abismo va adueñándose poco a poco de lo que fue y de lo pudo ser:

la soledad ya no deja la sombra
del amor inconcluso
por las transiciones del karma
ya no deja las huellas
ni las sonrisas amargas
sólo deja un vacío
que mi muerte atrapa. (95)

La trayectoria vital de todo ser humano se inicia dentro de un horizonte geográfico que va a determinar el ámbito en el que se desarrollará no sólo la vida sino también la creación. De allí, en el caso del artista, brota, como de un fuente, el universo ficticio, un mundo nuevo y original, que muestra las huellas de una forma particular de vivir las experiencias, que constituye la raíz de su sentimiento poético.

Los artistas que nacen en las islas, y especialmente los que viven cerca del mar, se mueven vital y emotivamente desde ese horizonte cambiante e inaprensible, la relación que se establece con el mar es ambivalente y dramática porque del mar viene la vida y la muerte y el vaivén de sus olas es semejante al camino de la existencia con sus misteriosos senderos.

Figueroa-Meléndez se ha movido en el espacio preferencial creado por el horizonte marino, ya en los momentos de alegría, ya en los momentos de infinita tristeza y desesperanza, y no es coincidencia que, en un poemario anterior titulado *Contigo he abierto el Paraíso*,¹ la portada y la contraportada del libro tengan la foto de un atardecer

1. Manuel Figueroa-Meléndez, *Contigo he abierto el Paraíso* (Manatí: Ediciones del Chorro, 1990).

en el Pacífico tomada por el propio autor. Pero en esa colección de poemas, a diferencia de la presente, la atmósfera es luminosa y astral y la poesía se sustenta no sólo en eros sino también en la creencia en un ciclo vital inacabable, donde el yo subconsciente puede ir purificándose y perfeccionándose hasta alcanzar el abrazo de la Totalidad.

En *Atardecer en el Atlántico* es otro océano el que llena la mirada del escritor, más rebelde, y el agua bienhechora se ha transformado en la pared imposible de escalar en esta etapa de su vida, porque no es sólo el amor que se ha desvanecido sino también la esperanza y, me atrevería a decir, incluso el deseo de transformar el dolor en estímulo de la creación.

Lo que el lector percibe, lo que oye latir, es la sangre de las heridas abiertas que se han transformado en una inmensa llaga de la que fluye la sangre sin parar, como un río de “tinta bermeja”. El poeta ha escrito una especie de testamento que no contiene “sus últimas voluntades”, según la fórmula clásica, porque no hay en él ninguna voluntad que no sea la de entregarse a la oscuridad eterna.

Dice el poeta en el poema “XLVII”:

he estado vagando desde entonces
con las lloviznas espinando mi cuerpo
ardiendo desde adentro
crepitando como aceite en el candelero
desmitificando mis aciertos
envejeciendo entre el recuerdo
muriendo frente a la lámpara y el silencio. (99)

Las imágenes arquitectónicas y un lenguaje salpicado de clasicismos se mezclan con imágenes eróticas enigmáticas y atrevidas, interrumpidas, raras veces, por un sentimiento de serenidad que alivia el terror de la muerte como el poema siguiente:

aquí
están
las
olas
serenas
a
mis
pies
con
el
sol
de
frente
iluminándome
en
el

último
segundo
de
vida.
(101)

Después de la serenidad el salto hacia lo desconocido en el abrazo líquido del mar amado en todas las latitudes. Canta el poeta en la despedida:

estas aguas que me aprietan
suben en espiral
me anudan la garganta
mientras que anochece
en la bambalina ilusoria
del último eclipse. (105)

Figueroa-Meléndez ha cumplido, con este poemario, un tiempo poético que se corresponde a su tiempo vital; ahora sus lectores esperamos un nuevo registro poético y vital que traduzca el dolor en alegría.

María Teresa Bertelloni
Universidad de Puerto Rico, Mayagüez
Puerto Rico

Obras citadas

Figueroa-Meléndez, Manuel. *Atardecer en el Atlántico*. Manatí: Universo Hispánico, 2004.

_____. *Contigo he abierto el Paraíso*. Manatí: Ediciones del Chorro, 1990.